

El final de la guerra fría

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS (*)

La locución «guerra fría» fue utilizada por vez primera en un debate del Congreso de los Estados Unidos, por Bernard Baruch, «el anciano hombre de Estado» como era llamado en todas partes. Baruch era un judío de familia modesta nacido en 1870 en Carolina del Sur. Su ambición y su instinto para ganar dinero le convirtieron, en plena juventud, en uno de los especuladores de la Bolsa de Nueva York que había amasado una gran fortuna. El presidente Wilson, lo llamó en la primera guerra europea, cuando se presagiaba la intervención inminente de Norteamérica en el conflicto. Baruch aceptó el encargo con la condición de que no tuviera rango de alto funcionario gubernamental sino de «consejero» del presidente. Organizó la economía de guerra de los Estados Unidos. Fue tal su éxito, que intervino después, directamente, en la negociación de la paz de Versalles y en el diseño de los planes económicos americanos de la post-guerra. Volvió unos años a su actividad privada, pero era tan celebrado su renombre por la efectividad de su trabajo, que el presidente Roosevelt le pidió que ejerciera, junto a él, funciones asesoras, muchos años más tarde, durante la segunda guerra mundial. Baruch que tenía ya setenta y tres años, cumplió su cometido, discretamente, y con gran habilidad. Viajó a Lisboa y a Londres durante la contienda y tomó contacto con los hombres claves de la Unión Soviética en la conferencia de Potsdam. Fue Baruch el primero que advirtió a Truman de las trampas que contenían los acuerdos de Yalta, interpretados a su manera, por el expansionismo de Stalin. Volvió a los Estados Unidos, dispuesto a dar la alerta general al Congreso y a la opinión americana sobre el peligro que se cernía sobre la Europa

(*) Sesión del martes 16 de mayo de 1989.

occidental, no ocupada por los ejércitos soviéticos. En una sesión parlamentaria, en 1947, fue invitado, sin ser representante, ni senador, a explicar la situación en que se hallaba la Europa occidental: «Señores —dijo—: La guerra caliente ha terminado. Pero empieza para el mundo libre y para nosotros, un largo y penoso período de guerra fría». Estas palabras finales del famoso discurso fueron el origen del lanzamiento del concepto que ha durado hasta nuestros días.

El año 1947 fue, pues, el del comienzo de esta grave disputa universal, ideológica, dialéctica, militar y económica. La Unión Soviética impuso por la fuerza, a través de la ocupación militar, regímenes comunistas en las regiones, naciones y ciudades de su área de influencia pactada en Yalta. Estados Unidos respondió con su ayuda económica del Plan Marshall a los países no ocupados por Rusia. El forcejeo militar en torno al bloqueo del Berlín occidental fue uno de los primeros episodios de la nueva situación. La Alianza Atlántica, también nació, en 1949, como bastión defensivo organizado ante la amenaza soviética. El monopolio atómico americano terminó ese mismo año de 1949. La toma del poder en China por los comunistas y la guerra de Corea, fueron los otros dos grandes acontecimientos del mismo decenio.

Stalin muere en 1953, pero el Pacto de Varsovia se establece, en 1955, como antagonista directo de la OTAN. La guerra fría se universalizó en Asia, en Africa y en el Oriente Medio. La crisis de los cohetes de Cuba de 1962, llevó a las dos superpotencias al borde de la guerra caliente, pero se impuso la cordura y puede decirse que a partir de los años setenta, se entró en otra fase de la tensión Este-Oeste debido al enorme crecimiento de los almacenes de armamentos nucleares de uno y otro eventual contendiente. Los más o menos hipotéticos equilibrios, se convirtieron en la certidumbre de la «segura aniquilación mutua» en caso de conflicto activo entre ambos colosos militares. Mientras tanto, los secretos de la fabricación nuclear se fueron extendiendo a otras naciones. Las relaciones internacionales no eran ya dualistas, sino mucho más complejas y variadas. La presencia de los intereses del tercer mundo, con su poderosa demografía y su angustiosa pobreza, modificó a su vez la prepotencia exclusiva de los «supergrandes». Los supuestos de la guerra fría se fueron alternando sensiblemente y, en esta década de los ochenta, ha tenido una espectacular modificación de los planteamientos anteriores.

* * *

El testimonio de otro personaje clave de la política norteamericana es interesante traerlo aquí a este respecto. Me refiero a George Kennan, el gran diplomático e historiador norteamericano que lleva aún, a sus ochenta y cinco años, el faro luminoso de la lucidez mental sobre sus hombros. Kennan, es el típico ejemplar de un diplomático a quien el Estado trata de formar, desde sus comienzos, para una misión especial de alto interés nacional. En 1925, recién salido de Princeton, ingresó en el servicio exterior. Se le destinó a ser el hombre que debía conocer mejor que nadie los problemas de la Rusia comunista con la que todavía no

existían relaciones diplomáticas por parte de los gobiernos de Washington. Sus primeros puestos lo fueron en Tallinn, capital de Estonia y Riga, capital de Letonia. Después fue enviado a Berlín a la Universidad a estudiar la lengua, la cultura y la historia, rusas, durante cuatro años. Acompañó al primer embajador americano ante los Soviets —Bullitt— y acabó destinado en Berlín, hasta que en 1944 fue enviado a Moscú. Allí, sobre el terreno, asistió al final de la guerra mundial y al comienzo de la guerra fría. En 1946 envió desde la capital soviética un cable cifrado a Washington que se conoce ya como el «telegrama largo» de Kennan y que fue el fundamento instrumental de la «política de contención» que había de seguir los Estados Unidos durante muchos años. Kennan telegrafió en sustancia, lo siguiente: «Los rusos en sus intentos expansionistas y de exportación de la revolución comunista al mundo entero, solamente retrocederán ante la lógica de una fuerza militar superior que se impusiera y contuviera de forma indiscutible, sus intentos». Tal es, en esencia resumidísima, el contenido del «largo telegrama» que se hizo universalmente célebre cuando Kennan, ya de vuelta de Rusia, lo publicó sin firma, en la revista «Foreign Affairs» de los Estados Unidos.

Pues bien, ese episodio ha tenido su colofón final, hace dos semanas, en el Senado de los Estados Unidos. En la tribuna de oradores apareció una tarde el legendario embajador, inventor de la política de contención y del mantenimiento de la superioridad armamentista sobre el poderío de la Unión Soviética, para hacer una solemne declaración: «Señores senadores —dijo— la guerra fría ha terminado. La Unión Soviética ya no es una amenaza. Debemos de pensar por consiguiente, en la reconversión lenta y pacífica de nuestro poderío militar. El enemigo visceral que había justificado —siguiendo mi sugerencia de 1946— la vigilancia armada y la superioridad nuclear de nuestra nación, ya no existe como peligro latente y permanente. Esta vieja concepción se desintegra ahora, día a día, bajo el impacto de los cambios que se están produciendo en la Unión Soviética y también, como consecuencia, en el resto del mundo occidental».

Pasado el primer momento de estupor de los senadores, se produjo en la alta Cámara de Washington una tremenda ovación a la que se sumaron el público de las tribunas y hasta los estenógrafos de la casa. Un hombre honrado, un diplomático eminente, un profesor de historia respetado, venía, ante el Parlamento de su país, a declarar que la guerra fría había terminado.

* * *

He pensado que el relato de esta efeméride es más elocuente que muchas explicaciones. Quisiera sin embargo examinar brevemente cuáles han sido las reacciones encontradas ante el gran viraje de la situación internacional en el que nos hallamos. Empezaré por los Estados Unidos. El presidente Bush que cumple ahora sus ciento treinta días de mandato activo, se ha tomado un tiempo de reflexión para elegir el rumbo definitivo a seguir en los grandes temas internacionales. Hay quién supone que carece de una orientación precisa y definida en materia de relaciones con la Unión Soviética y de hecho, así está ocurriendo por

el momento. El «Wait and see» es la consigna de hoy en la Casa Blanca. Bush se niega de momento a responder con audacia y con prontitud, al desafío que supone que existe en el futuro, un panorama sin un enemigo permanente y poderoso y sin una amenaza dispuesta a lanzarse al menor descuido, sobre el mundo libre y sobre su gran aliado y protector, los Estados Unidos.

Los consejeros de Bush discrepan entre sí en este punto. Por un lado Edward Cheney, el secretario de defensa, seguramente apoyado por los generales más conservadores del Pentágono, ha declarado públicamente su total escepticismo sobre el éxito de la «Perestroika». «Setenta años del sistema ideológico cerrado, dentro y fuera de la URSS, no se pueden cambiar en unos cuantos meses» ha dicho. Añadiendo que Gorbachov fracasará rotundamente y su sucesor —quien sea— volverá a convertirse en un peligro latente para el mundo libre. Tales han sido sus pronósticos sombríos que han caído muy mal, como es lógico, en los medios soviéticos de información.

Pero otras gentes de gran relieve en la nueva administración presidencial como Brent Scowcroft, el consejero de seguridad de la Casa Blanca, parece seguir la orientación de su maestro y antiguo patrón, Henry Kissinger, y declara que se halla preparando un detallado proyecto de revisión de la política norteamericana a seguir hacia la Unión Soviética. «Se trata en síntesis —dijo— de sustituir el viejo tema de la “contención” por otro planteamiento de “acuerdos razonables” sobre armas convencionales y nucleares entre el Pacto de Varsovia y la OTAN que posibiliten la creación de un nuevo clima de seguridad mutua sin necesidad de iniciar carreras de armamentos, ni de lograr otra vez los equilibrios del terror mutuo nuclear».

* * *

Mientras tanto, esa misma polémica se extiende al seno de la Alianza Atlántica. La modernización o no, de los cohetes de corto alcance, situados en su totalidad, en territorio de la Alemania Federal, ha dado lugar a un estado de tensión interna en el seno de la OTAN, sin precedentes. La Unión Soviética quiere negociar un desarme sustancial con la Alianza, incluyendo éstos y otros efectivos. Pero los técnicos militares de la OTAN aseguran que no se registra todavía ninguna novedad en el campo rival, en el que la superioridad numérica sobre la OTAN, de ingenios de toda clase, convencionales o nucleares, sigue siendo abrumadora. Incluso aseguran los expertos atlánticos que la maniobras del pacto de Varsovia celebradas esta primavera con asistencia de observadores de la Alianza Atlántica, no revelaron ninguna novedad favorable o propicia que hiciera presagiar la existencia de un clima de desarme veraz.

* * *

A fines de este mes de mayo —es decir dentro de unos días— se celebrará la reunión reglamentaria de la Alianza Atlántica en Bruselas. La tirantez germano-

británica sobre cuestiones monetarias que se trata de superar por países como Holanda y probablemente por el presidente Mitterrand, puede entrar en vías de arreglo. Pero la primera ministra británica, Margaret Thatcher, no se ha mordido la lengua, ni en el Parlamento de Londres, ni ante la prensa europea, al criticar al canciller Kohl en su tenaz y «díscola» actitud de negarse a la modernización de los cohetes de corto alcance. Gran Bretaña no ha querido reconocer el hecho de que el gesto de la República Federal no es, de «insolidaridad» con los demás países aliados sino que se trata de la verdadera naturaleza del «problema alemán», mantenido en silencio durante muchos años, pero de indiscutible vigencia en un porvenir seguro, aunque de fecha inconcreta y dudosa. Es una letra de vencimiento incierto pero de cobro indiscutible. La Alemania Federal, ha sido llamada por los comentaristas desde hace varias décadas «gigante económico y enano político». Esto ha sido así por imperiosa exigencia de las circunstancias. Pero la estatura política creciente del régimen de Bonn es hoy una realidad tangible. La evolución interior de la Unión Soviética está repercutiendo de modo directo y espectacular en los países del pacto de Varsovia. En Polonia, el pluralismo político y las elecciones parlamentarias democráticas han formado la base de los acuerdos establecidos con el sindicato libre de «Solidaridad». En Hungría, es el propio aparato del comunismo húngaro quien propugna las reformas democráticas y va desmantelando los dispositivos del telón de acero situado en su territorio. El gobierno de Budapest no sólo ha entablado relaciones con la CEE, sino que ha declarado públicamente su aspiración de integrarse un día en la Europa de los Doce. Los dos ministros búlgaros que tomaron parte en el reciente simposio de Madrid —que yo presidí—, sobre las relaciones económicas Este-Oeste, manifestaron abiertamente sus proyectos de apertura y reformas democráticas en aquél país. Quedan todavía muchos bastiones de resistencia intransigente en el Este, como la dictadura, con ribetes tragicómicos, de Ceaucescu en Rumanía; o la terquedad temerosa del Partido Comunista checoslovaco o la embarazosa situación de la Alemania del Este, que teme la inevitable fuerza absorbente de la poderosa vecina de Bonn que es el otro trozo de su misma nación.

* * *

Y entretando, miles de residentes en las repúblicas soviéticas del Volga, de ascendencia alemana; en la Silesia polaca; en las regiones bálticas, son autorizados a emigrar a la República Federal con sus familias y enseres, con lo que va aumentando su potencial demográfico de hoy y de mañana. No es imposible pronosticar que una Alemania reunificada, tendría en los años 2010 alrededor de 100 millones de habitantes, es decir que sería la mayor de las doce naciones de la Europa comunitaria. Mientras este fenómeno sigue adelante, la República Federal busca en el conjunto de países del Este próximos, un gran mercado futuro para su dinamismo exportador. Los créditos comerciales abiertos por Bonn y los contratos de exportación de tecnología moderna hacia la Unión Soviética, Polonia, Hungría y Bulgaria, proliferan sin cesar de forma espectacular. No es tampoco un

secreto que la propia y cerrada «República Democrática alemana» recibe un trato favorable de Bonn en materia de intercambio industrial y financiero, sin perjuicio de la anacrónica supervivencia del muro de Berlín.

* * *

Pienso que la prudencia política de Bonn y las lecciones amargas de la reciente historia germana en este siglo harán que, por ahora, el gobierno de Bonn no planteará todavía el problema de la reunificación alemana por las suspicacias que podría levantar —y no sólo en la Unión Soviética— al resucitarse con ello los viejos fantasmas del pasado continental. Y no hay que olvidar que en 1955 se firmó un Tratado USA-RFA, en que se acordó que cuando ambos países lo estimaran oportuno pondrían en marcha el proceso de la reunificación alemana. Pero he querido dedicar unos minutos de mi reflexión a mencionar este aspecto de la política europea llamado a convertirse en tema caliente de actualidad de una Europa en la que ha desaparecido la guerra fría.

El gesto del canciller Kohl, aprobado en Bonn desde el presidente Weiszäcker hasta la izquierda social-demócrata, revela la existencia de una opinión, casi unánime, a la que es difícil ignorar y que se yergue contra la presencia en densidad creciente del armamento nuclear establecido sobre el suelo alemán; el enorme contingente del ejército de tierra, otánico —un millón de soldados— desplegados en su territorio y la notoria y agobiante incidencia del tráfico militar aéreo que causa periódicas catástrofes en la ciudades germanas. «No queremos seguir siendo el campo de batalla elegido por unos y por otros, en una próxima o futura guerra», declaró en el Bundestag, una diputada liberal, durante el debate memorable al que antes hice alusión.

* * *

Y para completar, recojo aquí, las opiniones de Manfred Woerner, secretario general de la NATO, por entender que desde su puesto delicado e importante, expone la visión llena de realismo y de veracidad de una gran personalidad de la Alemania occidental de hoy:

«Es evidente —dice— que la polémica sobre la modernización actual o no, de los cohetes nucleares de corto alcance, tiene una capacidad potencial de “divisionismo” gravemente peligrosa para la Alianza. Y en el momento actual, de cambio sustancial de las relaciones Este-Oeste, la OTAN, necesita adoptar una nueva visión de sus objetivos y de los hechos ante los cuales nos encontramos. Es evidente que la cuestión es importante y que no debemos bajar la guardia. Pero no debemos convertir la próxima reunión de Bruselas en una larga y difícil discusión de problemas de armamento y de calendario. Habrá que buscar —como siempre ha ocurrido en la Alianza—, una solución de compromiso, pues en la OTAN no hay ley de mayoría, sino de consenso. Pero una vez encontrado éste tenemos que emprender una tarea mucho más importante. Con una Europa democrática en

trance de unificación debemos plantearnos las cuestiones siguientes: ¿Cómo y en qué terrenos puede la OTAN cooperar con la URSS, y los países del pacto de Varsovia? Debemos para ello armonizar y sincronizar todos los elementos no militares: económicos, políticos, sociales y culturales y formar con ellos un plan o proyecto conjunto que deje a un lado las cuestiones militares y refuerce las perspectivas de cooperación. *Sería altamente dañino sostener que la OTAN, necesita de la guerra fría para subsistir.* Que la OTAN, tenga una imagen de solidez y poder es bueno. Pero que no aprovecháramos la política de reformas de Gorbachov para coordinar una nueva política occidental hacia el Este, sería imperdonable.»

«Hay unos cuantos puntos vitales en la política europea occidental. Uno es la necesidad del componente norteamericano en el equilibrio de las fuerzas militares. Si el pilar europeo fuera muy poderoso, se podría modificar esa relación. Pero todavía eso está muy lejos. Tampoco se puede olvidar el irresuelto y latente problema de las dos Alemanias.» Hasta aquí las palabras del secretario general de la Alianza, sustanciosas y con perspectiva de futuro.

Pero si el secretario general de la OTAN, Manfred Woerner se expresa con esa clarividente prudencia, he aquí que, casi en coincidencia, se hace público en Norteamérica un proyecto redactado por el general norteamericano Andrew J. Goodpaster, anterior jefe militar de la Alianza Atlántica. He aquí un resumen de este importante documento: «Los Estados Unidos —escribe Goodpaster— deben tomar partido inmediato y ofrecer unas propuestas concretas ante la nueva situación política creada por las diversas iniciativas de Gorbachov. Si no lo hacen puede producirse un vacío de ideas en el seno del colectivo atlántico que supondría la existencia de una situación psicológica grave.»

«Debemos establecer una visión de los proyectos a realizar en el dispositivo militar y en el desarrollo táctico y estratégico. El nuevo concepto de seguridad basado en un acuerdo Este-Oeste, con la reducción controlada de los armamentos de toda clase es urgentemente necesario. La reducción debe ser importante en ambos lados, un 50 % en un primer paso. Asimismo debemos establecer, zonas neutralizadas en uno y otro campo que no permitan el despliegue por sorpresa de carros de combate y de tropas de asalto. Periódicamente, se calcularán, aquellos escalones descendentes que deban aplicarse a la reducción del poderío de cada lado.»

«Tenemos que hacer este desarme durante un largo período de tiempo, pactado de antemano, para evitar reflejos morales negativos. No hacer nada sería funesto y la opinión pública nos descalificaría. El gran cambio histórico ante el que nos hallamos requiere hacerle frente con ideas nuevas que tengan viabilidad y acuerdos que garanticen mutuamente la seguridad.»

Las palabras del gran jefe norteamericano, ya convertidas en documento de trabajo, son a mi juicio, otro elemento interesante para completar el examen del panorama internacional.

Y ¿la opinión norteamericana, de tan vital importancia para calibrar el alcance de la histórica novedad? En sus páginas de «OPED» —como se las llama— del «New York Times» han desfilado en los últimos dos meses, una

docena de expertos y personalidades con su criterio propio enjuiciando la situación. Ninguno ha considerado banal el asunto, ni lo ha calificado de trampa o de engaño. Recojo aquí, en apretada síntesis, algunas de esas opiniones.

Zbigniew Brzezinski, uno de los artífices de la política exterior norteamericana demócrata en las últimas décadas escribe: «El Occidente necesita una estrategia nueva para hacer frente a la gravedad del envite y a la magnitud de la oportunidad que se le ofrece. Pero sin ligar esa actitud con la reciprocidad de las reformas de Gorbachov en su área de poder. Son temas distintos que es preciso separar.»

El prestigioso «Council of Foreign Relations» propone que se aborde la delicada cuestión de la división de Europa, el más peligroso tema de todos los que se hallan pendientes. Michael Mandelbaum que es su portavoz, sugiere que las dos superpotencias lleguen a un compromiso para hablar sobre devolver gradualmente la soberanía a los países del Este y llegar a un arreglo especial para las dos Alemanias.

El prestigioso «Center-for Strategic and International Studies», opina a través de su director, Edward Luttwark, que los países occidentales deben estudiar un nuevo sistema de cooperación económica que no se halle basado en resistir el peligro soviético de la guerra fría.

El «Instituto Carnegie para la paz internacional» considera que los cambios propugnados por la «perestroika» son de rango fundamental y se deben esencialmente a que la Unión Soviética no tiene los recursos necesarios para mantener un pulso global, de desafío militar, durante más tiempo.

La «Harvard Kennedy School of Government» se ha manifestado asimismo por la pluma del profesor Graham Allison diciendo que las medidas y las orientaciones de Gorbachov van en la dirección de abrir una sociedad cerrada y totalitaria y que ello coincide con el propósito de la política norteamericana en los últimos años.

Finalmente está la postura reciente de la nueva administración Bush a la que antes aludí. Es evidente que algunos consejeros del Presidente lo consideran demasiado optimista y favorable hacia las propuestas de Gorbachov. Pero la mayoría piensa que sería un inmenso error desdeñar la voluntad soviética de iniciar la política de desarme y entrar en una nueva era posterior a la guerra fría.

* * *

El debate en curso que tiene su origen en la supuesta «disidencia» alemana y la cercanía de la reunión de Bruselas, a fin de mayo, ofrecen cada día, novedades dialécticas, que confirman la amplitud y repercusión del giro histórico que atraviesa la Europa occidental en estos momentos. James Baker, el nuevo secretario de Estado norteamericano, ha visitado Moscú recientemente para preparar una probable entrevista en la cumbre entre Bush y Gorbachov. Este último aprovechó la ocasión para anunciar un proyecto unilateral de desarme, con ciertos matices, de los cohetes de corto alcance y una oferta de reducción gradual, importante,

escalonada, en los próximos diez años, de todos los armamentos nucleares y convencionales para equilibrar en Europa el desnivel que ahora existe a favor de la Unión Soviética.

No ha terminado ahí esa operación. El ministro de Exteriores soviético ha visitado Bonn, dos días después para conversar con Genscher y Kohl y exponerles los detalles de la oferta. Eduardo Shevardnadze es un georgiano de 61 años, que se ha convertido en el arquitecto de la política exterior de Gorbachov. A él se deben los pasos más importantes de la «perestroika» en su vertiente internacional: La retirada de Afganistán; la retirada de Namibia; el proceso de paz en Camboya; el armisticio de la guerra del Golfo...

Inmediatamente se han producido reacciones en el campo occidental sobre esa propuesta. Gran Bretaña ha dicho claramente que esa sugerencia está pensada para agradar al gobierno de la Alemania Federal y acentuar la división de opiniones en el seno de la OTAN. Pero Italia, el Benelux, Francia y en cierta medida, España, han apoyado la posición de la Alemania Federal que consideran explicable. Las espadas están en alto, en el campo occidental. Pero el presidente Bush ha creído conveniente exponer también sus primeras ideas sobre el debate general desde que llegó a la presidencia rompiendo la imagen del hombre cauto y silencioso que antes comentaba. Y precisamente el reciente 12 de mayo aprovechó una visita a la Universidad de Texas para exponer en un discurso los primeros criterios sobre la cuestión.

He aquí algunos párrafos de ese importante mensaje: «Creo que ha sido la política de contención seguida por Norteamérica la que finalmente ha obligado a la Unión Soviética a realizar dramáticos cambios hacia una sociedad abierta.» Y declaró públicamente: «Señor Gorbachov, no se detenga usted ahora. Siga adelante abriendo enteramente el sistema que preside.» «Nosotros desearíamos ver a la Unión Soviética integrarse plenamente en la Comunidad de Naciones democráticas. Ofrezco dos iniciativas: La primera es la de los “cielos abiertos” que Eisenhower expuso sin éxito, a Kruschchev y que consistía en analizar los vuelos de reconocimiento en uno y otro bloque de naciones, realizados por aviones desarmados. También le sugerimos que si hay libertad total de emigración en su país, daremos a cambio, ventajas sustanciosas en las exportaciones agrarias americanas a la Unión Soviética.»

«Asimismo le rogamos que no haya ninguna clase de ayudas indirectas a grupos terroristas; que se respete la integridad territorial de China; que devuelva la URSS, las islas Kuriles en litigio, al Japón y que permita la autodeterminación política completa a las naciones de la Europa central y oriental. Derribe también, por supuesto, el telón de acero.»

«Señores universitarios que me escucháis. No engañaros. Un viento nuevo sopla en las estepas y ciudades de la URSS. Esperamos que el espíritu de libertad siga adelante y que las barreras vayan cayendo una a una.» «Emigración libre. Debate libre. Cielos libres y prensa y libros, circulando, sin restricciones.»

Me ha parecido interesante reproducir este último texto del presidente de los Estados Unidos como resumen de mi comentario: «El final de la guerra fría».

